

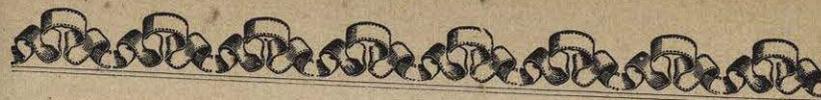
puso quedara sin colocación inmediata para dármela á la hora que fuera menester.

— De hoy á mañana, me dijo, tendremos la refriega; Miramón acaba de salir de México y viene á buscarnos: el bendito descalabro de Toluca nos evita sitiar la capital con elementos escasísimos, y á la ciudad sufrir los horrores de un asedio... Cree Miguel que todo es presentarse y obtener triunfos; mejor; su buena estrella no puede durarle siempre y es lógico que le batamos otra vez.

— ¿Y cuál es el plan?

— El plan es marchar hasta dar con el enemigo, y una vez encontrado, pegarle ó que nos pegue...

A la mañana del día siguiente salimos á acampar cerca del pueblecillo de San Miguel Calpulalpam, á la vera del camino real, que era la presa que se disputaban los dos ejércitos.



## CAPITULO XVI

### Calpulalpam

No logré pegar los ojos en toda la noche. Me impidieron conciliar el sueño los gritos destemplados de los centinelas que custodiaban el campo, el aullar de los perros, y el frío intenso que llegaba acompañado de un airecillo que penetraba hasta los tuétanos. A eso de las cuatro de la madrugada, envuelto en mi desairada pañosa, dejé los ociosos terrones en que había pasado la noche, y me dí á vagar por el campo.

Obscuridad completa; al frente formaban una amplia cortina los árboles negrísimos, que como orla de aquella inmensa estribación de la serranía dejaban sus últimos toques en la llanura, donde agonizaba el paisaje. Luego, como exploradores del bosque, ejército de fantasmas que se parecía á lo lejos, una serie de chaparros, huizaches,

cierra-techina y mezquitillos que semejaban hombres agazapados, espías cautelosos, grupos apostados que trataban de adelantarse, husmeando aquella negrura. Una fila de sauces cercanos á una zanja, que se inclinaban al paso del viento como arcos de Nemrod, formaba un dique fantástico que de cuando en cuando dejaba penetrar algo de claridad.

Aquel punto es el fin de una serie de montañas, y lo que arriba es nieve, cumbre y acantilado, aquí es lomerío gracioso, ligera ondulación y ampliación del paisaje. La montaña, que es una frente ceñuda, va desarrugándose hasta llegar á convertirse en sonrisa que después se cambia en mueca de desconsuelo al mirar el camino, que, como sierpe perezosa, se desarrolla en multitud de anillas que voltean por ríos, collados, montañas y pueblos hasta morir en el mar inmenso.

A poco, el cielo empezó á teñirse en algunos puntos de claridad vivísima, como si alguien hubiera picado la tela de sombra haciendo surgir la luz oculta tras ella. Luego se formaron ligeros *stratus* amarillentos que no tardaron en volverse de rosa y amaranto, como láminas de una cantera riquísima; avanzó una nubecilla azul como las que forman las rompientes de gloria de los pintores místicos, y al fin apareció el sol con su caraza bonachona, dispuesto á tomar asiento privilegiado para ver la función que se preparaba.

No lo decíamos, pero todos pensábamos que aquello era lo decisivo, lo seguro, lo indudable; que íbamos, ó á tener conserva perpetua ó libertad á qué quieres boca; que Miramón ú Ortega no tendrían compasión con el que quedara y que era menester arrostrar lo que viniera, con ánimo sereno.

Apenas sonó la diana, los soldados se levantaron *argentos* y listos, y los trenistas y artilleros uncieron y cargaron el ganado formando batallones, esquadrones y baterías.

El general en jefe, en un caballo colorado retinto que ví ensillar, recorrió el campo recibiendo vivas y aclamaciones de sus bravos, acompañado de un sujeto de mediana edad, blanco, gran piocha rubia y ojos vivos, que ocupaba un cochecillo ligero.

— Es, me dijo un amigo, Pepe Alvarez, jefe de ingenieros, soldado instruído y buen patriota. Anda en ese *buggy* porque le falta una pierna que perdió el día anterior á la acción de las Vacas... Ahora está sufriendo de la herida, pues se le ha abierto y la sangre le sale de la bota.

Y continuó mi amigo:

— Esa eminencia es la de Calpulalpam; aquel campanario que parece de nacimiento es el de la iglesia de San Miguelito; la zanja que echa vaho á nuestro frente corre por el puente de San José... Ese camino que se divide en

dos va de una parte á la hacienda de la Goleta y de otra se reune con la gran carretera nacional... Parece hecho adrede; hemos venido á formar precisamente frente á Miramón y nuestra batalla está opuesta á la suya de una manera casi académica... Usted comprende el golpe;



Miramón tapa la entrada del camino que lleva á México; nosotros tratamos de hacerle á un lado y de entrar á la capital... ¿Hay algo más sencillo?

Entre tanto iba ocupando nuestra gente las ondulaciones del lomerío. Por mucho que se haya leído descripciones de ejércitos europeos, no se tendrá idea del color y del relieve de aquellos chinacates que se reconcentraban para saber cómo habían de romper la cabeza á los conservadores que se hallaban en las eminencias vecinas. Las infanterías vestidas de manta blanca, con el arma al brazo y el paño de sol al aire, parecían (y no resultaba

inexacto decir que lo eran) manadas inmensas de carneros que quitaban color y aspecto á los collados en que se extendían; las caballerías estaban formadas de guapos caporales montados en caballos ligerísimos, bonitos *encuentros*, fuertes corvejones y finísimas pezuñas. Ninguno llevaba uniforme; los jefes vestían chaqueta de casimir, calzonera plateada y sombrero charro, y los de grados inferiores, blusa roja y lanza con banderín. Sólo iba de punta en blanco Leandro del Valle, con uniforme gris de grandes solapas negras, vestimenta que correspondía al cuerpo de ingenieros, que era el suyo.

A la derecha estaban las brigadas de Zacatecas y San Luis, mandadas respectivamente por González Ortega y Zaragoza; seguía Antillón con Guanajuato, Jalisco con Valle, y por último, casi tangente á la Goleta, la brigada de Huerta con Régules al frente.

Desde nuestro punto se miraba el límite del campo que moría en una sinuosidad del camino. El sol, que como una inmensa tela de oro cubría todo aquel espacio, hacía aparecer como de metal fundido á Ortega y á su Estado Mayor que se hallaban en lo alto de una loma limpia de matojos y plantas raquíticas. Era una noble y anticipada epifanía que llenaba de luz de gloria al que ya poseía cuanta pudo ambicionar.

A las siete y cuarto se oyó el cañón, no sé si en el lado liberal ó en el contrario. Luego empezó un zumbido

como de avispas enojadas: era la mosquetería que resonaba con más vigor del que podía creerse para ser el principio del encuentro.

— Es un reconocimiento, decía uno.

— Es contra el ala de Huerta.

— No hay temor; sabrán recibirles bien los morelianos.

— Alguien corre.

— Son azules.

— Sí, son azules; pero corren tras los blancos.

Valle, separando el antejo del rostro, me ordenó con calma:

— Señor Pérez, avise usted al señor General en jefe que Miramón ha envuelto el ala izquierda y que las tropas empiezan á desbandarse. ¡Corra usted!

Apreté las espuelas á mi caballo, y llegué frente al General en el momento en que ya reinaba ansiedad en el grupo. Oyó Ortega el mensaje y me dijo excitado:

— Cabalmente acaba de salir Zaragoza á informarse de lo que pasa... Avise usted á Margarito Mena, que cargue en seguida.

Volé á cumplir el encargo, y pude ver que ya aparecían á nuestro frente, en la falda de la montaña, vadeando la zanja y en todas partes, uniformes azules que avanzaban primero aisladamente, después formando compañías, escuadrones, regimientos y batallones. Al mismo

tiempo tronaba el cañón en toda la línea nuestra, alzando cada disparo una columnita de humo que se perdía en el aire.

Un general bajito de cuerpo y de gran barba arenaba á dos batallones que avanzaban con el fusil listo para disparar. Blandía la espada, pero no se oían de su peroración más que frases sueltas. Patria... sacristanes... pueblo... Al fin se escuchó un ¡Viva la libertad! que fué contestado ardientemente, y los dos cuerpos salieron á paso veloz para cerrar el paso á la mochitanga.

Mena (que por supuesto difiere radicalmente del joven y animoso capitán Francisco Z. Mena, que se encontraba entre los de Antillón), parece que le veo, moreno, cara ancha y peluda, ojos despavoridos y aspecto de indecisión, oyó la orden y nada dijo. Considerando que no podía volver al lado del General á causa de que el fuego estaba ya generalizado en todo el campo y porque la cosa urgía, alineé mi caballo entre los de aquellos jinetes que aguardaban el momento de la carga.

Salió un disparo de nuestro grupo, sentí que me apretaba las piernas el penco de un charro que se hallaba á mi lado, noté que un jinete caía de rodillas y que la cabalgadura echaba á correr, y cuando aguardaba que se se diera la orden de cargar, ví á Mena bajar la cabeza, hablar con otro jefe que tenía cerca de sí y por fin alejarse un trecho del campo.

Comenzaron las voces subversivas; muchos arrendaron sus bestias, otros quisieron tomar impulso y salir solos contra el enemigo, uno gritó que había de por medio dinero de la Iglesia y otro injurió á Mena llamándole cobarde.

De repente vimos un caballo retinto que llegaba á todo escape, unos ojos ardientes que nos miraban, una mano que alzaba un látigo, y una voz que gritaba:

— ¡Adentro, muchachos! ¡viva la libertad!

Era González Ortega; González Ortega transformado, radiante, lleno de brío y de fuerza, inclinado sobre la cabeza de la silla, dejando ver apenas el ala tendida del sombrero, la mano blanca y nudosa y el látigo relampagueante.

En el momento de salir cayeron varios jinetes, pero nadie hizo caso de ellos; se les oyó gritar, blasfemar, quejarse; mas no hubo quien se moviera á compasión. ¡Viva la libertad! y allá va el tropel inmenso de caballos de todos los matices que se mezclan, se confunden, se reúnen, se separan y se vuelven á juntar á manera de vidrios de un kaleidoscopio gigante. Me rompen las piernas los caballos cercanos; pero en cambio me llevan queriéndolo ó sin quererlo.

No percibo más olor que el de las bestias sudorosas y el del polvo que levantamos; pasan ante mí campos, arboledas, terrenos de labranza, un ranchito con ganado que

evoca ¡misterios de la mente humana! el recuerdo del portal de Belem; rebasamos una batería de cañones brillantes cuyos artilleros nos ven pasar como visión diabólica, y nos encontramos en un camino blanquísimo. Me ciega el brillo de los sables; me molesta el subir y bajar de las manos morenas que llevan las riendas; el bullir de las crines de los caballos me produce vértigos; el ir y venir de chaquetas, blusas, chaparreras y banderolas me parece maquinal y convenido.

¡Viva la libertad! El grito que se oía al principio claramente, después se percibe indistinto, fraccionado, sin cohesión; muchos lanzan blasfemias, muchos cantan; pero sólo se les ve abrir la boca sin que se oigan las palabras. Porque hay que decir que en aquella ocasión los que peleaban solían cantar las canciones que entre nosotros se estilaban: *Los cangrejos*, *Los moños verdes*, las mil tonadillas del campamento.

Caen varios jinetes á una hondonada del camino, revienta cerca de otros una bala de cañón, y veo revueltos, monturas, bufandas, caballos y sombreros. Los *cuacos* corren enloquecidos, arrastrando ponchos y frazadas; uno tira del jinete, que se quedó pendiente de una pierna; otro abandona al dueño que cayó con la cabeza segada á cercén por un casco de granada.

Y mientras, allá vamos furiosos, incontenibles como un alud, como una fuerza de la naturaleza. Me hallo al

lado del General y acuchillo á los fugitivos que me encuentro, que no nos hacen frente y que se escapan des-pavoridos. Pronto es absoluta la dispersión entre los del Macabeo: arrojan á los vallados, á las zanjas, á las cunetas del camino los fusiles, los tahalíes, los quepis, los sables y las espadas. Los oficiales corren como los soldados; los que tienen caballos los aguijan quitándoles el freno y azotándoles; los de á pie huyen en carrera loca, desenfrenada é inconsciente, presa del contagio del miedo.

Paramos al fin y sabemos que hay miles de prisioneros; las bandas y las músicas tocan diana; los soldados aclaman, llorando, á González Ortega, el vencedor de Calpulalpam, el héroe de la Reforma, el salvador de la libertad. Todo es contento, alegría y satisfacción; los amigos se abrazan, los extraños se dan la mano; todos comentan, discuten y aplauden.

¡Pero qué fatiga tan inmensa! No puedo alzar el brazo ni menear el sable; siento hinchada la mano, llenos de polvo los ojos, congestionado el rostro, despedazada la espina dorsal.

Un dragón tiene rota la cabeza en dos partes y le corre la sangre á torrentes, otro lleva una gran cuchillada que le coge toda la espalda, un tercero perdió la oreja derecha y no sabe dónde hallarla, y un cuarto y un quinto y un décimo están hechos pedazos; pero satisfechos, risueños, seguros de que bastará cualquier remedio

de los que aplican las viejas para dejarlos *peor que nuevos*, pues las cicatrices más hacen gracia que afean ó deforman al guerrero.

Salimos á recorrer el campo, y ¡cuántos horrores vimos! Una fila de soldados con las cabezas cortadas por una sola granada; una vieja con el vientre hecho pedazos, cerca de un oficial, con las piernas rotas. A la cuenta, había querido la maldita robar al muerto, y la granada justiciera había acabado con ella.

Luego venían soldados, conservadores y liberales caídos uno al lado de otro; caballos muertos aplastando á sus amos; cadáveres á los que no se descubría lesión ninguna...

Porque es menester que se sepa que la guerra es cosa horrible; que no consiste en vestirse de mamarracho y oír arengas en que se loa á los que provocan las matanzas; y que el mayor mal que puede caer sobre un pueblo, es este del destrozo, la muerte, el incendio y la devastación. ¡Malditos sean los que la presentan como el fin de la carrera de los pueblos, y mil veces malditos los que atizan estas discordias entre hermanos, que apenas tienen disculpa cuando se trata de intereses tan altos como los que representaban los partidos cuyas luchas he historiado!

Apenas empezaba á levantarse el campo, cuando el general en jefe llamó á un chico, ayudante suyo, llamado

Jesús Lalanne. Estaba el señor Ortega de excelente humor, y dirigiéndose á Chucho le dijo:

— Quiero que el nombre de usted quede unido á esta jornada memorable. Vaya á Arroyo Zarco y telegráfíe al



interior todo lo acontecido, que usted ha presenciado en todos sus detalles...

Ya se alejaba el mensajero, cuando el General le gritó:

— Lalancito, monte en mi caballo pinto; ya sabe que, aunque feo, es animal excelente.

— Mi General, interrumpió el capitancillo, listo y despierto como pocos; mi *cuaco* es bueno y el de usted puede hacer falta aquí...

— Bueno será: pero el mío es excelente; sobre todo, quiero que marche de prisa para que se anticipe á los

desertores, que quizás propalen falsedades por el camino... Además, puede encontrar dispersos de Michoacán ó de los mochos y tendrá que rechazarlos ó que huir de ellos...

Me vió luego el señor Ortega, y me dijo jovialmente:

— Ya he visto que el señor La Llana sabe batir el cobre... Y luego dirán que los poetas para nada servimos... Servimos para lo que sirven todas las gentes, y además para hacer versos... ¿Qué le parecería marchar con la columna ligera que va tras de Miramón?... Pues alístese, hombre, que dentro de diez minutos salen esos valientes...

Cambié mi caballo por otro que estaba de refresco, trepé en él y me incorporé á los que seguían á los fugitivos. Todavía topamos con algunos que huían; pero no había quien diera razón del Macabeo: se había vuelto ojo de hormiga.

Dábamos vuelta á un recodo del camino, cuando divisamos una *culebra* de caballería que llegaba á todo correr. Nos reconocimos tras las formalidades que dispone el protocolo, y vi que mandaba el grupo un joven como de treinta años, alto de cuerpo, moreno de rostro, de ojos negros y penetrantes, de movimientos prontos y de palabra fácil.

— Soy, me dijo, el coronel Porfirio Díaz; pertenezco á la división de Oriente, que manda el general Ampudia, y

llegamos ayer á Tula forzando marchas y aumentando fatigas... Hoy por la mañana oímos cañoneo en dirección de Calpulalpam; varios oficiales nos acercamos al jefe, para suplicarle ordenara siguiéramos caminando hasta reunirnos con nuestros hermanos del interior, que de seguro se batían, y Ampudia respondió que no había tal, que los ruidos que oíamos eran camarazos que se disparaban en estos pueblos por las fiestas de las posadas... Insistimos, sin embargo, y empezábamos á enjaezar cuando vimos venir á todo correr una columna como de doscientos jinetes escogidos. ¡Malajo! Parece que allí venía Miramón y que pasó sin que lográramos cogerle... Hemos podido hacer más de dos mil prisioneros, y eso porque con la gente que usted ve, he registrado todos los caminos.

Llegamos á Tepeji del Río, y, si he de decir la verdad, me sentía casi difunto de fatiga. Ignoro á qué horas arribaría el grueso de las tropas, ignoro cómo se instalaría en las casas del pueblo é ignoro todo. Dormía como una marmota en la fementida cama que honraba el cuartucho del mesón, cuando me despertó rumor de voces y rodar de coches, y me cegó el resplandor de antorchas que llevaban mozos de á caballo.

Detúvose la diligencia en la puerta del mesoncillo y de ella bajaron cuatro personajes. Uno era barbudo, de buena estatura y vestido de general: Berriozábal; otro de buen rostro, aspecto cortesano y ojos apacibles: Ayes-

tarán; el tercero viejo, paticojo, barrigón, antojudo, de cabeza erguida, espinazo inclinado y bastoncillo en la diestra: Pacheco, embajador de S. M. C.; el último, de barba cerrada, nariz de gancho, y frente en que apuntaba la calvicie. Saligny, ministro de Francia.



Los mexicanos iban como salvoconducto vivo para conseguir que pasaran los diplomáticos entre las hordas de cafres que formábamos las tropas liberales. Veía á Pacheco saltar desde lo alto de la diligencia apoyando el bastón en los baches de la única vía pública que forma el pueblo de Tepeji del Río, cuando la mano pesada y con ninguna capaz de confundirse de mi buen amigo don León, se posó en mi hombro *apolismado*:

— Tras usted andaba, pollo; ya sé que se ha portado como un hombre y que pronto se pondrá las charreteras

de coronel... Bien; conque tiene uno amigos héroes y no lo sabe hasta que ellos no pueden tener oculto su heroísmo por más tiempo... Pero á lo que te truje: desde que Ortega llegó preguntaba por usted y ya había mandado catear medio pueblo para hallarle... Preséntesele en seguida.

Me dí á buscar al jefe, que estaba ocupadísimo instalando á los diplomáticos y sus truchimanes; pero, luego que me vió, me dijo entregándome un pliego:

— Se marcha usted á México en este mismo instante... lleva esta intimación para Macabeo á fin de procurar que se rinda sin necesidad de sujetar á la capital á los rigores de un asedio, bien que cuenta Miramón con tan pocos recursos, que nada razonable podría intentar...

Oí el recado, pedí el permiso para salir y monté á caballo con las más tremendas agujetas que tuve en mi vida.



## CAPÍTULO XVII

### Finis coronat opus

EL veintitrés á buena hora llegué á la ciudad de los palacios, que me figuraba convertida en una fortaleza de la Edad Media, artillada desde los cimientos hasta los torreones y recibiendo con saludos de plomo líquido al osado que se atreviera á pasar muchas varas á la redonda de ella.

Cuando aguardaba que salieran á reconocerme patrullas y pelotones y que me introdujeran mediante el ceremonial que me había descrito el buen don León, ví que se curaban tanto de mi presencia los guardas de puertas, únicos que pudieron notar que llegaba mi interesante persona, como del arribo del Moro Muza.

Cuando empecé á tomar lenguas acerca del cariz que presentaban los públicos negocios, supe que Miramón